

Alonso Cueto: Tigre *blanco* del Derecho

Carlos Ramos Núñez

Profesor en las áreas de Historia y Teoría del Derecho de la PUCP y de la Universidad de Lima.

En los antípodas de la narrativa de Scorza o Arguedas se hallan los espacios y la representación social que abrazan los personajes de las novelas de Alonso Cueto (Lima, 1954). En la narrativa peruana contemporánea, Cueto ha sido el primero en articular en un texto de largo aliento la figura del abogado próspero de un gran estudio capitalino. Se trata ciertamente de una presencia visible, que retrata al personaje a plenitud, en su visión del mundo y de la sociedad. Los protagonistas imaginados por el narrador limeño se movilizan en las altas esferas financieras, profesionales y académicas. Así, ya en su primera novela, *El tigre blanco* (1985), ambientada en Nueva Orleans, los componentes del triángulo amoroso que allí se traza son un banquero estadounidense, su esposa, una refinada literata, y un joven y promisorio arquitecto peruano, Juan, quien acababa de instalarse en esa ciudad. No hay referencias jurídicas propiamente dichas, pero sí un detalle clave lanzado al desgaire: la concepción de la abogacía entendida como sello de distinción. En efecto, el padre de Juan era un exitoso abogado limeño, «que proveía a la familia con los ingresos suficientes y con la sensación de que podían ser obtenidos fácilmente»¹.

Pero, sin duda, para el entendimiento de los letrados la producción de Cueto que merece una observación más detenida es *Demonio del mediodía* (1999)². La particularidad de esta historia que se inicia en la Lima de mediados de los ochenta (en el caos del gobierno aprista y la amenaza subversiva) se caracteriza por no configurarse como una novela que tenga una trama «jurídica» como el centro principal de la obra a pesar de que sus protagonistas principales sean en su mayoría abogados sino que, se concentra en una historia de índole más bien «subjetiva». Concretamente, el relato gira en torno a un triángulo amoroso desatado en un estudio de abogados y el entramado de poder, dinero, y estatus social y prejuicio racial que lo definen.

Esta presentación de dimensiones y conflictos «personales» que hace Alonso Cueto de estos abogados (mostrando sus orígenes, sus estudios, sus relaciones sociales, sus pasiones y expectativas de la manera más escrupulosa), no desplaza del todo, sin embargo, temas como derecho, justicia y

política, por que el autor nos hace ver cómo el lado personal marca y define profundamente muchos comportamientos a nivel profesional en una íntima relación.

Así tenemos a Ricardo Borda quien personifica al arquetipo de abogado de la alta clase limeña, estelar de las páginas sociales, senador de la República por un partido conservador: Acción Popular. Su prestigiosa carrera al mando de un importante estudio jurídico capitalino la concibe más como un instrumento para consolidar su fortuna, su imagen y sobre todo su poder, mas no como un fin en sí misma, con cierto atisbo de nobleza y dignidad. Esta ambición es sólo comparable en magnitud a su voracidad por las mujeres, sobre todo las bellas, una suerte de *womanizer* criollo. Su concepción de la abogacía difiere radicalmente de la que su extinto padre, el respetable doctor Borda.

Ricardo había decidido la carrera de derecho ante la tumba de su padre. Pero no había heredado sus escrúpulos morales ni su concepción estricta de la profesión. A diferencia de su padre no quería apenas mantener un nombre. Quería apoderarse de la sociedad de Lima, abrumarla con su profesionalismo, distinguirla con su figura, hacer que se rindiera ante él con alegría y veneración³.

En una muy lograda semblanza de ese abogado señorón que es el padre de Ricardo, el doctor Borda, fundador del próspero Estudio del mismo nombre, Alonso Cueto, a través de la nana Amalia, lo describe espléndidamente:

«Asimilaba los dolores del mundo con una distinción circunspecta, como posando siempre en el museo de los caballeros limeños, las facciones bailando en torno a la mueca elegante de aristócrata desterrado. Tenía siempre una pipa en una mano y un libro de derecho en la otra. Se había distinguido como asesor legal de las embajadas en varios países durante los últimos diez años de su vida. Estricto hasta el silencio, distinguido por los escarpines y los gemelos en ocasiones especiales con el chaleco y el terno convertidos en parte de su piel desde la primera hora del día, sus pasiones esenciales habían sido mantener su buen nombre en Lima [...]»⁴

1. CUETO, Alonso. «El tigre blanco». Lima: Diselpesa, 1985. p. 42.

2. CUETO, Alonso. «Demonio del mediodía». Lima - Bogotá: Peisa - Arango Editores, 1999. En adelante citamos por la segunda edición (Lima: Peisa, 2001).

3. *Ibid.* p. 113.

4. *Ibid.* pp. 136-137.



Frente a Ricardo tenemos a Renato La Hoz, un joven y humilde abogado de raíces ayacuchanas contratado por el Estudio Borda. Tenía un sentimiento de inferioridad que lo hacía sentir ajeno y tácitamente rechazado por esa sociedad a la que su jefe pertenecía. Si bien para Borda asuntos mucho más importantes ocupaban sus pensamientos, en una ocasión pensó respecto de La Hoz: «Era un empleado cumplidor, discreto, que conocía su oficio. Estaba bien informado en su campo. Si algún día se liberara de ese aire de perro apaleado, podría llegar a tener éxito. Siendo un cholo callado no podía aspirar a mucho»⁵. Es verdad que Renato ensaya cierta elegancia en un día cualquiera de oficina. Finalmente, integra un gran Estudio y ello exige alguna distinción:

[...] «saco impecable, pelo caído, camisa encapsulada en el triángulo de las solapas, un azul profesional en la corbata. El atuendo pertenecía al género distintivo de persona de oficina. Era un curioso disfraz si lo veían bien: la tela larga y ajustada en el cuello, una promesa de elegancia y seriedad en el trato al cliente, el maquillaje de la materia, un uniforme sobre la carne tibia, un código de reconocimiento, la competencia pero la ética, la eficiencia pero el honor, la cortesía, el símbolo de formas y colores que el mundo espera»⁶.

Dos abogados que no obstante ostentar similar carrera son al mismo tiempo iguales y diferentes. La realidad profesional que presenta Cueto en su novela no difiere mucho de la realidad social del Perú. Contrariamente a sociedades como la estadounidense o la europea, donde la obtención de un título profesional tan importante como el de «abogado» otorga en muchos casos *per se*, la pertenencia de su titular a un grupo y status diferenciado; vemos en Borda y La Hoz no sólo la diferenciación entre dos sujetos de raíces socialmente diferentes, sino también de escenarios educativos disímiles. Las diferencias sociales repercuten en la educación universitaria y se proyectan en la vida profesional con la profundidad de un abismo. La movilidad social se torna difícil. Renato es un abogado competente que goza por eso de la confianza de sus jefes y de los clientes del Estudio Borda, pero, a los ojos de su hermano Eugenio, un modesto comerciante, este ascenso es virtualmente imposible. No basta el talento ni la preparación. Sin relaciones solventes el ejercicio de la profesión no puede ser consagratorio: «Tienes que tener contactos, buenas influencias. El mundo de los abogados es así. Pura influencia y puras relaciones. Tú haces el trabajo

para el doctor, pero a él lo conocen. Él va a los cócteles, aparece en los periódicos y toda esa nota. Su papá seguro que bogaba en el Regatas con los papás de ministros y almirantes. A ti nadie te conoce, hermano. Esa es la verdad»⁷.

La distancia social entre uno y otro emerge de la descripción inicial que Renato la Hoz formula sobre el doctor Ricardo Borda cuando ingresó a trabajar al Estudio: «Un abogado que hace brillar la justicia». La admiración aparece incluso excesiva y hasta equívoca:

«Sus ojos, su pelo, sus trajes, su automóvil, sus dientes, su piel, sus mujeres, todo lo que tenía que ver con él, parecía relucir. Borda iluminaba el aire a su alrededor. La gentil y la sólida luz que despedía era ansiada por los anfitriones en el centro de sus fiestas y cócteles. Príncipe hipotético y real de limeñas conocidas, la presencia del doctor Borda era un don codiciado en los eventos sociales, la imagen más fuerte en la conciencia de los invitados y la foto más grande en las páginas de los diarios. Había algo así como una firmeza elegante en su cuerpo alargado en ternos oscuros, distinguido por los grandes ojos marrones y el pelo castaño»⁸.

La Hoz pasa de la admiración al recelo y, finalmente, al odio consolidado cuando Renato se enteró que su compañera de trabajo y amor imposible, Celia Carlessi, se había convertido en amante de Ricardo Borda. Celia es una joven abogada de clase media, graduada en la Universidad Católica, autora de una tesis – asesorada por un académico de carne y hueso, Fernando de Trazegnies – sobre *Lenguaje y Derecho*, becada en México. Desde el primer día, Renato la había visto plegarse al ritmo de consultas en libros y redacción de informes – «Estaría todo el tiempo haciendo esto. Sobre todo me gusta que a veces pueda interpretar las leyes. No sólo las aplica sino que tiene que entenderlas. El Derecho no es un asunto mecánico. Hay algo creativo también»⁹ – Una combinación entre carisma, belleza y eficiencia laboral que no tardó en ilusionar tanto a Borda como a La Hoz. De la admiración al primero pasó al amor. No interesaba ya que fuera clandestino y adúltero, aún después de casada y, no obstante que –algo poco convincente – sedujo, embarazó y abandonó a su propia hermana, increíblemente antigua secretaria del Estudio Borda. Al segundo Celia nunca llegaría a corresponder. Solo podía ofrecerle una cándida amistad.

5. *Ibid.* p. 73.

6. *Ibid.* p. 38.

7. *Ibid.* p. 17.

8. CUETO, Alonso. «Demonio del Mediodía». Bogotá: Peisa-Arango Editores, 1999. 454. pp.

9. *Ibid.* p. 38.

El rencor acumulado por Renato La Hoz contra Ricardo Borda se refuerza al enterarse que el abogado de los ternos lustrosos planea llevar a Celia Carlessi a Venecia. El huamanguino acomete entonces una desesperada escena de celos en el aeropuerto Jorge Chávez, que, coincide con la revelación (un tanto inconvincente de la madre de Celia: su hermana fue también seducida por Borda cuando trabajaba como secretaria en el Estudio y después insistió que le practicaran un aborto).

Forcejea con el guardaespaldas del abogado exitoso y le descerraja un disparo en una pierna. Borda no quería que este suceso se convirtiera en un escándalo que perjudicara su imagen pública y sus aspiraciones políticas, pero tampoco quería dejar impune a su agresor. Delegó el trabajo sucio a un abogado litigante de clase media baja, Epifanio Carranza, usual testaferro de Ricardo Borda, quien logra internar en la cárcel de *San Jorge* a Renato La Hoz con falsos cargos de apropiación ilícita, robo y defraudación, evidentemente fabricados. El inescrupuloso Carranza resumía su práctica profesional en una frase peruana muy extendida entre quienes corrompen y quienes se dejan corromper: «¿cómo arreglamos?». La expresión supone un tácito entendimiento entre los interlocutores que dan por sentado que, no obstante cualquier impedimento legal o ético, llegarán a un acuerdo que los sustraiga de la norma.

La redención social de Renato La Hoz viene de la mano del destino. En las miserias de la cárcel conoce como esa misma justicia maniatada que rápidamente lo inculpó, se presentaba paradójicamente lenta e incierta con los procesados que conoció. En prisión es donde conoce el agradecimiento y el valor dado a sus consultas legales gratuitas a muchos internos. Uno en especial, ya moribundo («Ratablanca») le confía el futuro de su hijo Wilmer quien, separado de la vida delincencial había estudiado Derecho en San Marcos «El pelo corto, los labios gruesos, la mirada formal y atenta». Ante la pregunta de Renato La Hoz sobre si tiene una especialidad, le contesta: «No puedo darme esos lujos, señor. Y cuando le pregunta si ha estudiado el Código Civil éste responde -«Tengo recortes de los periódicos». Seguramente refiriéndose a los comentarios que aparecen en la sección «Derecho y Economía» del diario oficial *El Peruano*.

Ratablanca le adjuntaba veinte mil dólares (probablemente producto de sus fechorías) para hacer más viable la promesa de apoyo. Renato La Hoz al acceder después de largo tiempo a su libertad obtiene su propio estudio y logra concebir un concepto sobre el oficio que despliega en su profesión: «Quizás algunos creen que tener un abogado los va salvar de cualquier problema. Ángeles de la guarda para algunos, en realidad, somos psiquiatras que tranquilizan y científicos que explican las reglas

del universo que les importa los clientes. Siempre a su servicio».

Vemos entonces como *Demonio del Mediodía* nos relata también cómo afectan de modo diferente los avatares de la vida legal y judicial en abogados de diferentes estratos sociales mostrándonos las miserias y desencantos de aquellos que no pueden acceder a una cuota de justicia, la misma que aparece sumisa frente al dinero y al poder que pueden manipularla a su antojo.

En la novela aparece fugazmente el abogado surfista, Ramiro Black, «Blackie», quien reemplazaría a Renato La Hoz. Blackie es el despreocupado hijo de un empresario amigo de Ricardo Borda. Consagrado a la tabla, el ejercicio de la profesión poco le interesa. Borda lo habría despedido de no ser por el vínculo social y económico que lo unía a su padre.

Demonio del Mediodía trae también la figura del abogado servil. Ribeyro, en *Los geniecillos dominicales* y su diario personal, ya había descrito antes a este típico espécimen de una firma legal, que, por lo demás él conocía muy bien como practicante del Estudio Ferreyros. En *Demonio del Mediodía* es el asistente halagador del socio Reuss. Lolo todos los días se presentaba ante Borda para confiarle lo que el doctor Reuss hacía.

«Lolo estaba decidido a congraciarse con el doctor Borda quien recibía el servilismo de sus chismes sin preguntas ni comentarios. Lolo le venía a hablar de los clientes con los que Reuss estaba tratando, de las cifras y plazos que conversaban. Borda ya había escuchado la información directamente de Reuss pero le interesaba y divertía ver aparecer en su puerta a ese monigote de nariz ganchuda y ojos bovinos. Por otro lado, Lolo se ofrecía al doctor Borda para hacer sus llamadas, halagaba sus trajes y buscaba conversación inútil sobre temas de política. Le había asegurado que ganaría las elecciones y estaba dispuesto a colaborar, por supuesto, en su campaña. Los rumores y el servilismo eran sus mejores armas de ascenso y presencia. Era un intruso con aspiraciones de cortesano que había terminado como bufón, un producto genuino de la monarquía de oficina»¹⁰.

En el fondo, en un gran estudio de hombres de leyes, todos los subordinados tienen algo de Lolo pero en diferentes dosis. En ese sentido, Renato La Hoz, reflexiona: «Todos somos pajes en realidad, aunque algunos con más categoría. Nadie escapa de la órbita de identidad que circulaba en el estudio»¹¹.

La novela es también útil para la descripción del escenario de abogado. Es la primera vez en la

10. *Ibid.* pp. 117-119.

11. *Ibid.* p. 119.

historia de la literatura peruana que se retrata el Estudio de un abogado de encumbrada posición:

«El local del estudio imitaba una mansión sureña al estilo de *Lo que el viento se llevó*. Tenía dos plantas y un ático, paredes altas ventanas erguidas, enredaderas recortadas en la fachada, dos columnas en la entrada y un camino de losetas resuelto en una mosqueta roja. Del hall de ingreso salían dos alfombras. Una conducía a la sala de reuniones y la otra a un patio y a la cocina. La escalera ancha, resaltada por barandas de madera, se curvaba hasta el segundo piso donde comenzaba el verdadero movimiento. El corredor principal se extendía como una gran arteria hasta una ventana de vidrios gruesos marcados por escudos y emblemas de la flor de lis. Una serie de puertas alojaba a las asistentes y practicantes, pero los abogados principales —el doctor Reuss y el doctor Jiménez— ocupaban las dos oficinas grandes del fondo. En el otro extremo del segundo piso, en la zona que daba al parque, estaba la oficina del doctor Borda. Una puerta de madera plana y manija dorada lo anunciaba»¹².

Entre las figuras que acompañaban al acomodado Ricardo Borda, casi como parte del mobiliario de su Estudio, se halla su secretaria, la señora Flora: «una secretaria-gerencial, un símbolo agregado a la leyenda oficinesca del doctor»¹³. Doña Flora asimilaba las quejas, reclamos y roces entre los empleados del estudio. Brindaba a Borda informes verbales de todo lo que acontecía en el estudio, tuviera o no que ver con el trabajo de sus subordinados. En el paisaje que rodeaba al afamado letrado se hallaba también un escolta, el *Tanque* Alberto Castro

«De piel marrón, hombros anchos y manos duras como martillos. Los bigotes densos, la barriga ligeramente inflada y los ojos tranquilos le daban el aspecto de un oso amaestrado... En la cintura, tapada por el saco, tenía una Beretta de calibre 22. El Tanque era el cortejo natural de un profesional adinerado, un protagonista social y un político con aspiraciones. Hombres como Borda siempre tenían al menos un guardaespaldas como él»¹⁴.

Por supuesto, Ricardo Borda, detentador de influencias múltiples (logró que la justicia encarceló a Renato La Hoz por un crimen que no cometió), se

hallaba rodeado de amigos y adulones. Uno de ellos Serafín Cordano, «Viejo amigo miembro del partido, que estaba decidido a acompañarlo en la vida política activa. Serafín era hablador, inescrupuloso, educado y tenía mucho dinero. Su único defecto era un alcoholismo crónico disimulado por un gesto risueño y unos modales tranquilos. Era un buen amigo: estaba rodeado de contactos influyentes»¹⁵. Todos sabían, menos Ricardo, que Serafín era el amante de su esposa. Al final, con el dinero de Ricardo, fugan juntos a Estados Unidos.

Uno de los pasajes más interesantes de *Demonio del Mediodía* radica en el desarrollo del concepto de un gran Estudio de Abogados, como una «pequeña y orgullosa monarquía» o «un reino feudal», cuyos miembros tienen la misión de ofrecer al cliente «los bienes del paraíso» con seguridad, celo, confianza y buen trato. Lo esencial es mostrar cordialidad con modales, exponer los temas, destacar la importancia de una actualización legal permanente. «Todos juntos para ofrecer un servicio perfecto: para ganarse al cliente, que nos tenga confianza, que piense que sin nosotros está perdido»¹⁶. Todos los empleados del gran Estudio «atienden con la misma rapidez, piensan igual». El Estudio «es un cuerpo vivo con muchos poros que respiran». El poblador de la oficina se diferencia uno de otro solo en los detalles.

Si Cueto emprende una inmejorable descripción del ambiente físico que conforma un importante Estudio de Abogados, también acierta al presentar en forma casi teatral la furiosa actividad en su interior, como si se tratara de una colmena de abejas diligentes. La asociación entre palacio de justicia, estudio de abogados y colmena, curiosamente, ha sido compartido también por Vargas Llosa en *La tía Julia y el escribidor* y por Julio Ramón Ribeyro de *Los geniecillos dominicales*.

«Cada habitante —explica Alonso Cueto— de la oficina quiere ser miembro de la institución pero también ser el único. Cada uno se viste a su modo [...]. Todos iguales y todos tratando de singularizarse. Empleados—ciudadanos de un reino, donde el café es el trago nacional. Lucirse tomando café, aparentar méritos. La bebida negra humeante refleja a un empleado trabajador a quien no le importa las horas largas y la presión adicional. Los primeros cafés circulaban a las diez de la mañana. Los últimos, a las diez de la noche. Algunos traían sus envases. La señora recibía diferentes pedidos. Los cafés express de taza diminuta, el café con leche en vaso ancho, los pozos de café negro con el resplandor de las

12. *Ibid.* p. 14.

13. *Ibid.* p. 15.

14. *Ibid.* p. 88

15. *Ibid.* p. 86

16. *Ibid.*



luces del techo, la sacarina, el azúcar, los tragos rápidos y cortos o los largos y frenéticos. Tener la taza en el escritorio, llevarla a las reuniones, sorber el líquido caliente, poder seguir y aparentar, que todos sepan. 'Los pobladores de la oficina por lo general acarician el doble sueño de llegar a ser sus jefes o de verla quebrar. ¿Quién no aspira alguna vez a dirigir o destruir la empresa donde trabaja? Quemar el altar en el que vive el jefe es la materia de la que están hechos los sueños de los empleados. Estos consideran al jefe holgazán o arbitrario o abusivo o incapaz. Y sin embargo, todos en mayor o menor grado, hacían su genuflexión de sonrisa cuando el doctor Borda entraba. Renato también la hacía, una sonrisa solapada, corta, huidiza»¹⁷.

Demonio del mediodía no es la única obra en la que Alonso Cueto se ocupa del abogado de un gran estudio. Retomaría el tema en *La hora azul*, donde relata una dramática sino trágica relación sostenida por el padre de Adrián Ormache (abogado exitoso que obtenía nueve mil dólares de ingreso mensual, casado con la bella y acaudalada Claudia, hija de un millonario pródigo), un cruel oficial de la marina peruana, jefe en la década de los ochenta de uno de los cuarteles más espantosos en la lucha antisubversiva, *Los Cabitos* de Ayacucho. El pasado oculto del padre es objeto de una búsqueda exhaustiva por parte de Adrián. A partir del testimonio de un hermano desaprensivo, quien a su vez se nutre de los informes de oficiales amigos, y de los documentos y fotografías de extorsión que atesoraba su madre recién fallecida, descubre la faz escondida del padre. El militar Ormache se servía sexualmente de las detenidas por sospecha de terrorismo, tras violarlas las entregaba a los apetitos de la tropa y luego eran asesinadas.

El padre, no obstante, su aptitud sanguinaria se enamora de una detenida, Miriam Ancco, de diecisiete años, quien logra escapar de su encierro. Una tía de la muchacha, sin embargo, registra las fotografías de la sórdida relación, con las que se vale del chantaje. La historia propiamente consiste en la afanosa búsqueda que emprende el abogado Adrián Ormache de la joven a la que por último encuentra, seduce y la hace suya. Este proceso marca y transforma su existencia. Abandona a su rica esposa de refinados modales y elegante vestir y a sus dos hijas (una de las cuales, Alicia, es estudiante de Derecho en la Universidad Católica) y entabla

una relación romántica con la que fuera amante forzada de su padre y, tras vencer una serie de reparos convencionales la luce en sociedad. La joven andina, *La Esmeralda de los Andes*, abrumada por su doloroso pasado, finalmente, se suicida. El tímido hijo, Miguel, concebido de la relación con el malvado oficial, sobrevive y recibe el apoyo de quien sería su hermano, Adrián¹⁸.

La transición moral de Adrián Ormache no es súbita. En realidad, reconoce con hidalguía que no era usual para él hacer el papel de alma noble. «Siempre he pensado —anota— que la generosidad es una profesión aparte»¹⁹. La vida frívola y anegada de banquetes y saraos, en las que participaban lo más graneado del mundo empresarial y abogados de rutilantes bufetes, como (se les menciona directamente) los Muñiz, los del Prado (éstos al parecer imaginarios), los Rodrigo y también políticos conservadores como Raúl Ferrero y Lourdes Flores, y el mismo presidente Fernando Belaunde, da un giro intempestivo al involucrarse sentimentalmente con la joven ayacuchana, residente en el populoso distrito de San Juan de Lurigancho, donde conduce un modesto salón de belleza, *La Esmeralda de los Andes*. Al enamorarse de Miriam se tornaría un abogado distraído e indolente con sus clientes. En una especie de autorretrato, Ormache, escribe:

«Yo podía ser un abogado de cierta importancia, pero esa tarde era un extraño tocando la puerta de un desconocido llamado Paulino Valle que vivía a varios kilómetros de mi casa pero a una distancia sideral del planeta que yo habitaba. Yo venía del otro lado de la realidad, de una dimensión en la que la gente se sube a automóviles y se acuesta en camas anchas y se despierta mirando armarios con filas de ropa. ¿Qué le iba a decir?»²⁰.

Adrián se sabe un buen abogado, pero carece de la brillantez de su socio Eduardo, en quien conoce un mayor talento jurídico y dotado de óptimas relaciones sociales. Platón, otro amigo de Adrián, estudió también Derecho, pero optó por otra profesión «más pedestre y rentable como la odontología»²¹.

Los clientes de Adrián y de su socio Eduardo forman también parte del escenario. Uno de los que mejor les remuneraba era un empresario, Don Héctor Wakeham:

«Me pagaba a cambio del costoso placer de saber que tenía un abogado más en el elenco

17. Ibid.

18. En una entrevista reciente, Alonso Cueto, explica que su narrativa se volcó a su retorno de los Estados Unidos hacia un realismo que tiene por base la búsqueda de la justicia. Véase *El Correo*, del domingo 15 de enero de 2006, p. 20

19. Ibid. p. 99.

20. Ibid.

21. Ibid. p. 159.

de los cuatro a los que consultaba su empresa. [...] En el estudio lo ayudábamos con informes sobre los impuestos y reglamentos, pero era una asesoría más bien rutinaria. Someternos a su conversación era nuestra retribución esencial a su pago al estudio»²².

En cierta ocasión, Adrián Ormache decide desplazar el *Misky* de San Juan de Lurigancho por la *Rosa Náutica*, donde sin remilgos sociales, lleva a Miriam Ancco. Mientras almuerza la pareja ingresa un grupo de hombres con pinta de ejecutivos. Adrián conocía a uno de ellos «un abogado llamado Renato La Hoz quien le dio una palmada al entrar. Renato se le acercó, hablaron brevemente, y le confesó con una sonrisa que había mudado su estudio a un nuevo local. Le presentó a Miriam, la miró y le dijo ‘mucho gusto’ y se fue diciendo

‘saludos a la familia’, ¿Quién era? le preguntó Miriam, a lo que el respondió. Un colega»²³. Quien haya seguido la entera obra de Cueto recordará que Renato La Hoz era el abogado humilde contratado por Ricardo Borda en *Demonio del Mediodía*. La Hoz ha mudado de condición. Después de la salida de la cárcel se ha convertido en un profesional exitoso. Cueto ha querido trazar –para los entendidos– una bisagra simbólica entre Renato la Hoz (ayacuchano también) y la atormentada Miriam Ancco.

Una de las hijas de Adrián Ormache, Alicia, sigue la carrera de su padre, la abogacía, en la Universidad Católica. La joven inicia luego sus prácticas en el Estudio Ugaz—también existente— y se interesa por conocer a su sobrino Miguel, estudiante de la Universidad Nacional de Ingeniería. Las diferencias sociales han sucumbido ante el afecto familiar. 

22. *Ibid.*, p. 214.

23. *Ibid.*